

Beato Columba Marmion

Al indicaros antes el doble aspecto del misterio de santidad que la Resurrección de Cristo debe producir en nuestros corazones, no hemos apurado, ni mucho menos, los riquísimos tesoros de la gracia pascual; pues Dios se muestra tan grande en todas las obras que ceden en honra de Cristo, que quiere que el misterio de la Resurrección de su Hijo alcance a nuestras almas y a nuestros mismos cuerpos; pues es dogma de fe que hemos de resucitar con nuestros cuerpos, como Cristo y con Cristo. ¿Podría no ser así?

Cristo, como repetidas veces os he dicho, es nuestra Cabeza, formando nosotros con Él un solo cuerpo místico. Si Cristo resucitó, esto sólo fue en cuanto hombre; por tanto, es necesario que nosotros participemos de su misma gloria, dado que somos miembros de Cristo, no ya tan sólo, por razón de nuestra alma, sino también por nuestro cuerpo y por todo nuestro ser, ligándonos así con Jesús la unión más estrecha que darse pueda. Así que si Él ha resucitado glorioso, los fieles que por medio de su gracia forman parte de su cuerpo místico, le estarán también unidos hasta en misma Resurrección.

Escuchad, si no, lo que a este propósito nos dice san Pablo: Cristo ha resucitado, constituye las primicias de los muertos; representa los primeros frutos de la mies; tras de Él seguirá la cosecha: «Por un hombre entró la muerte en el mundo, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos; pues así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados». «Dios, dice aún con más energía el Apóstol, nos resucitó en su Hijo Jesucristo». ¿De qué modo? Por medio de la fe y de la gracia,

la cual, haciéndonos miembros vivos de Cristo, nos da a participar de sus diversos estados y nos une con Él. Y como la gracia es principio de nuestra gloria, aquellos que están ya salvados en esperanza, por la gracia, puede decirse que también están resucitados en Cristo. Ésa es nuestra fe y nuestra esperanza.

Pero, mientras tanto, nuestra vida está oculta con Cristo en Dios; vivimos ahora sin que la gracia produzca aquella claridad y resplandor que tendrá en la gloria, así como Jesucristo, antes de resucitar, contuvo la irradiación gloriosa de su divinidad, y no dejó traslucir más que un reflejo a tres de sus discípulos el día de la Transfiguración en el Tabor.

Sólo Dios conoce en este mundo nuestra vida interior, quedando oculta a los ojos' de los hombres. Además, si tratamos de reproducir en nuestras almas por medio de nuestra libertad espiritual, los caracteres de la vida de Jesús resucitado, ello supone un trabajo para nuestra carne viciada todavía por el pecado, sujeta a las flaquezas del tiempo; no llegamos a aquella santa libertad sino a costa de recia y continuada pelea. También nosotros hemos de sufrir antes de entrar en la gloria, como Cristo mismo lo decía a los discípulos de Emaús el día de su Resurrección

«Nosotros, como dice el Apóstol, somos hijos de Dios Y herederos suyos, y, por ende, coherederos de Cristo; pero no seremos glorificados con Él sin que antes padezcamos con Él».

Quiera Dios que estos pensamientos celestiales nos contengan durante los días que nos restan aquí en la tierra; pues día vendrá «en que no habrá ya ni dolores, ni gemidos, ni llantos, y Dios mismo se encargará de enjugar las lágrimas de sus servidores»; convertidos ya en coherederos de su Hijo, los sentará consigo en el eterno festín que tiene preparado para celebrar el triunfo de Jesús y de todos sus hermanos.

Sí somos fieles cada año en participar de los dolores de Cristo, durante la Cuaresma y Semana Santa, también cada año la celebración del misterio de Pascua, al mismo tiempo que nos hace contemplar la gloria de Jesús, vencedor de la muerte, nos hará sentir con más fruto y con más abundancia aún, su divina condición de resucitado; esta celebración nos despegará más de todo lo que no es Dios, y acrecentará en nosotros, por la gracia, la fe, el amor y la vida divina.

Afirmará también nuestra esperanza, porque «al aparecer el último día, Cristo, que es nuestra vida, y nuestra Cabeza, apareceremos también nosotros con Él en la gloria, por haber antes participado de su vida.

Esta esperanza nos colma de gozo, y como quiera que el misterio de Pascua es misterio de vida, por eso mismo confirma nuestra esperanza, y resulta misterio de gozo en grado eminente, como lo muestra la Iglesia al multiplicar durante el tiempo pascual el cántico Alleluia que es grito de alegría y felicidad usurpado a la liturgia del cielo.

Prescinde de este cántico durante la Cuaresma, en señal de tristeza y de duelo, mientras contempla los trabajos y la muerte de su Esposo; mas ahora que lo ve resucitado, regocíjase con Él, y vuelve a entonar con nuevo fervor esta alegre exclamación, en la cual resume todos los sentimientos que la embargan.

No olvidemos nunca que formamos una sola y misma cosa con Cristo, que su triunfo es el nuestro y que su gloria es principio de nuestro gozo. Cantemos también con la Iglesia nuestra Madre repetidas veces el Alleluia para demostrar a Cristo nuestra alegría por verle triunfador de la muerte, y para dar gracias al Padre por la gloria con que premia a su Hijo. El Alleluia, repetido sin cesar por la Iglesia durante los cincuenta días del período pascual, es como un eco continuado de aquella oración con que se termina la semana de Pascua: «Te pedimos, Señor, nos concedas que te demos siempre gracias por estos misterios de Pascua; de modo que la continua operación de la obra de nuestra reparación sea para nosotros causa de perpetua alegría».

(Dom Columba Marmion, Jesucristo en sus misterios, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1948, p. 291-294)

